




El lector adolescente en *Los inocentes* de Oswaldo Reynoso

El lector adolescente en *Los inocentes* de Oswaldo Reynoso

Claudia Aréstegui Buscaglia¹ 

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.

* Autor de correspondencia: c.arestegui@pucp.edu.pe

* <https://orcid.org/0009-0000-4162-2269>

Recibido: 20/06/2023; **Aceptado:** 11/11/2023; **Publicado:** 30/12/2023

Resumen

Los inocentes es un libro de cuentos de realismo urbano publicado en 1961. Este se centra en cinco adolescentes miembros de una «collera». El presente artículo busca responder cómo es el lector adolescente y cómo se refleja en la obra en cuestión. Se plantea la hipótesis de que lo hace mediante las particularidades del lenguaje literario del autor, así como en la profundización de los problemas propios de la adolescencia y de la búsqueda de la identidad masculina.

Palabras clave: *Realismo urbano, adolescencia, Literatura Infantil y Juvenil, lector adolescente*

Abstract

Los inocentes is an urban realism storybook published in 1961. It focuses on five teenage members of a «collera». This article is based on the question of what the teenage reader is like and how he/she is reflected in the work in question, and it is hypothesized that he/she does so through the particularities of Reynoso's literary language, as well as in the deepening of the problems of adolescence and the search for masculine identity.

Key words: *urban realism, adolescence, children's literature, teenage reader*

Forma de citar el artículo: Aréstegui, C. (2023). El lector adolescente en *Los inocentes* de Oswaldo Reynoso. *Tierra Nuestra*, 17(2), 132-144. <https://doi.org/10.21704/rtn.v17i2.2042>

DOI: <https://doi.org/10.21704/rtn.v17i2.2042>

© El autor. Este artículo es publicado por la revista *Tierra Nuestra* del Departamento Académico de Ciencias Humanas de la Facultad de Economía y Planificación, Universidad Nacional Agraria La Molina. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>) que permite Compartir (copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato), Adaptar (remezclar, transformar y construir a partir del material) para cualquier propósito, incluso comercialmente.

1. Introducción

Los inocentes (1961) de Oswaldo Reynoso (Arequipa, 1931-Lima, 2016) es un breve libro de cuentos de realismo urbano que se concentra en cinco amigos de una misma pandilla: Cara de Ángel, El Príncipe, Carambola, Colorete y El Rosquita. Cada uno de los cinco cuentos gira en torno a cada uno de los amigos, cuyos nombres dan título a los relatos.

Los inocentes es una obra que se considera un hito en la literatura peruana que, sin embargo, no se ha estudiado tanto como otras obras u otros autores peruanos; tampoco lo ha sido la obra de Reynoso, a pesar de ser un autor leído en la secundaria desde hace ya un tiempo. Lo que sí podemos afirmar es que parte de su importancia recae en que retrató a un sector de la juventud limeña de una manera que no se había hecho antes. El uso del lenguaje soez y de la jerga, propio de esa juventud, fue, quizás, el aspecto más relevante de la obra, pues mediante el lenguaje se logró un retrato más fiel de los protagonistas. Ya desde hace un tiempo, pero sobre todo en este siglo, *Los inocentes* ha cobrado mayor relevancia entre los jóvenes y adultos jóvenes. Ha sido adaptado tres veces: en el cortometraje «El Príncipe» (dirigido por Pili Flores Guerra), parte de la película coral *Cuentos inmorales* (1978); para la obra de teatro *Los inocentes: retratos de collera* (producida por el colectivo Teatro Pendiente y dirigida por Sami Zamalloa, se estrenó en el 2018 y ha seguido girando por el Perú, inclusive, en el 2023), y en la película homónima rodada en 2022 y dirigida por Germán Tejada (en postproducción). El interés por sacar la historia del formato impreso y llevarla a otros medios es una prueba clara de su importancia, la cual crece con el pasar de los años.

Los cinco amigos y el resto de la collera son adolescentes que se encuentran en el tránsito de la pubertad a la adolescencia y, en una sociedad machista como Lima, buscan su identidad a través de su masculinidad. De esa manera, se van alejando de su hogar, de sus responsabilidades familiares, de su identidad de niños y, así, se acercan a comportamientos considerados más

extremos, como la delincuencia y el coqueteo con la homosexualidad. En este tránsito, es como si se desprendieran de una piel, la del infante inocente, y se vistieran con un nuevo traje de adulto; sin embargo, la esencia inocente permanece en el fondo.

Teniendo en cuenta lo mencionado líneas arriba, el presente artículo se plantea la pregunta: ¿qué entendemos como lector adolescente y cómo se desarrolla este en *Los inocentes* de Oswaldo Reynoso? Al ser, el lector adolescente, una categoría que se emplea para analizar la recepción de una obra, se parte de la hipótesis de que el lector adolescente se refleja en el libro en cuestión mediante las particularidades del lenguaje literario, matizado con expresiones del habla coloquial, así como en la profundización de los problemas propios de la adolescencia y de la búsqueda de la identidad masculina.

Al acercarnos a la recepción de la literatura infantil y juvenil, dice Arizpe (2019), estamos frente a los significados que el texto ofrece al lector, pero también a cómo este se aproxima a la lectura, aproximación que estará condicionada a sus experiencias de vida: «nos referimos a las estructuras afectivas y cognitivas intrínsecas al acto de la lectura» (p. 43). Mediante *Los inocentes*, el lector se adentra en el mundo ficcional de los jóvenes de la época y, así, parafraseando a Izquierdo Ríos (como se citó en Eslava, 2017), conoce el escenario social de la Lima de la época, «el drama humano de nuestro pueblo, sin falsificaciones ni edulcorantes» (p. 57). Esto irá en línea con el estudio que Mariátegui (1928) hace de la literatura peruana, en el que la toma como un fenómeno social que debe entablar un diálogo con el contexto. Así, para el presente artículo, se analizará al lector adolescente de *Los inocentes* a partir del contexto en el que fue publicada la obra. Para ello, se realizará un breve análisis del lenguaje del libro, que mezcla habla culta con habla vulgar y lenguaje prosaico con el poético. Luego, se versará sobre los personajes adolescentes y su construcción de la masculinidad por medio de los estereotipos y mandatos de género; el machismo; la rebeldía y el estiramiento de los límites, y la oposición a lo femenino. Previo

a ello, se realizará una aproximación al lector adolescente y, posteriormente, se reflexionará sobre *Los inocentes* como una lectura para adolescentes.

2. El lector adolescente

Según Schon y Corona (1996), es literatura toda obra que llena un espacio de juego, que satisface «necesidades no pragmáticas» (p. 4); es aquella que vuelve a su lector activo y que, en el proceso de desciframiento del texto, activa la mecánica del pensamiento. Es, a diferencia del texto pragmático, la obra a la que se regresa, y que ofrece «sentimientos y respuestas que no habíamos encontrado antes» (p. 5). Existe una estética que rige las obras literarias, pero las autoras resaltan también el carácter lúdico de la obra literaria (el juego no como oposición a lo serio, a la obligación o al trabajo, sino como un encuentro de la libertad y la norma, del placer individual con el social). Con la literatura, el lector conoce tanto el mundo que lo rodea como su propio mundo interno, a partir de una historia central que resulta de la síntesis de un acontecimiento que, previamente y para plasmarlo en obra literaria, ha sido aumentado y resaltado. Enzo Petrini (1981) sigue por esa línea cuando menciona que literatura es todo aquello «escrito con valor artístico y juzgado como tal por la fuerza de la inspiración poética y por su conciencia de estilo» (p. 58), y ensancha el concepto al terreno de la literatura infantil y juvenil (en adelante, LIJ), incluyendo a los «escritos dedicados de intento a la infancia y a la adolescencia y por ello caracterizados de tal modo que pueden formar una familia independiente» (p. 58), criticando la concepción de la LIJ como el conjunto de producciones escolares y de carácter discursivo. Existe una gran diversidad de literatura dedicada a niños y adolescentes que, además, tiene valor artístico, poético, estético.

Podemos enlazar estas ideas de la literatura y de la literatura para niños y jóvenes con lo propuesto por Cervera (1992), quien plantea que podemos hablar de LIJ como tal solo a partir del siglo XVIII, cuando se empieza a considerar

al niño no solo como un adulto en miniatura, sino se le trata en su calidad de infante. Con la modernidad se reconoce a la infancia como una etapa separada del resto, con sus propias características, necesidades, potencialidades y limitaciones. Así, complementa, Perrault sería el precursor de la LIJ, pero no deben tomarse como literatura los libros con carácter didáctico. Apunta Petrini (1981) que, para considerar un libro para niños y adolescentes como literatura, «no basta con que deleite y empuje hacia el bien, sino que también debe ser capaz de exaltar el sentimiento y la fantasía, de afinar el gusto; debe ser, en suma, obra de arte» (p. 69).

Entra aquí a tallar el horizonte de experiencias del lector y su encuentro con las expectativas de la obra (Jauss, 1989). Esta fusión de horizontes estará en función de las competencias del lector: su capacidad para distinguir las voces en el relato; su vocabulario (¿el lector moderno entiende o puede interpretar el lenguaje que se usa en un texto como *Los inocentes*?), en fin, sus competencias literarias, las cuales se construyen sobre la base de sus experiencias. Sin embargo, no deberíamos cuestionarnos demasiado por la dificultad que podría experimentar el lector al descifrar algunas palabras pues, como dice Colomer (2010), existen otros aspectos más importantes para tener en cuenta a la hora de la lectura, como «la riqueza, precisión y calidad de las imágenes del lenguaje utilizado, atendiendo a la “paleta de colores” de un texto» (p. 193). Una gran fuente de aprendizaje del vocabulario es la lectura, por lo que, al toparse con palabras desconocidas, el joven será capaz de extraer su significado del contexto. Vemos, entonces, que el lenguaje servirá como vehículo de las emociones que quiere compartir el texto, pero también es el sostén principal del retrato de los jóvenes adolescentes que ahí se realiza.

Si bien estamos en un escenario realista, Lima de la década de 1960, tanto los protagonistas como los personajes secundarios son personajes de ficción que parten de una posibilidad en el mundo real. Tal como afirma Doležel (1988) «es un individuo posible, que habita en el mundo ficcional de la obra», en este caso, de Reynoso. La Lima de *Los inocentes*

recrea la Lima real de la época, que abre infinitas posibilidades, infinitos mundos posibles, en palabras de Doležel. Estos personajes y esta Lima —los objetos ficcionales— se derivan de la realidad, son «representaciones de entidades realmente existentes» (p. 69). En este caso, un particular ficcional (cada uno de los personajes, por ejemplo) representa un universal real (los jóvenes limeños de la época). Los personajes y los escenarios son posibles, sin dejar de ser ficción. Así, se retrata a un adolescente de la época que podría ser casi cualquiera, bajo una serie de temáticas más bien universales que aparecen en ese periodo de la vida.

El Diccionario de la Lengua Española (Real Academia Española, 2014), define a la adolescencia como el «período de la vida humana que sigue a la niñez y precede a la juventud». El término proviene del latín *adolescens*, que significa «joven» y *adolescere*, «crecer» (Hernández, 2011). No se le debe, entonces, como se ha hecho comúnmente, vincular al término «adolecer» o a la idea de la falta de algo, sino verlo en su concepción original, que, además, lleva implícito un proceso, el de crecer. La adolescencia es un periodo de vulnerabilidad y fragilidad por los cambios que durante ella se experimentan. Marc Soriano, por otro lado, la define como «el estadio de las contradicciones» (2001, p. 52), en tanto existe una lucha entre la maduración y el despertar sexual con la censura social; el conflicto entre sentirse adultos y niños a la vez; la búsqueda y la negación de una exploración de experiencias homosexuales; los roles y estereotipos de género; la crítica a la sociedad y a los padres, en fin, una etapa de «fragilidad afectiva» (p. 53) que no es del todo atendida, precisamente por tratarse de una etapa volátil y contradictoria. A pesar de ello, la adolescencia es una etapa de descubrimiento, «el deseo, el amor, los otros y uno mismo, la música y la poesía, el peso de la historia y la evolución de las mentalidades, el pasado y el porvenir, el patrimonio y la búsqueda» (p. 54) son temas comunes a los adolescentes y que, al incorporarse en la literatura, pueden satisfacer sus necesidades sentimentales (Croce, como se citó en Petrini, 1981). Continúa Petrini (citando a Santucci) resaltando que no bastará entonces

con escribir bien para agradar a los niños, pues será necesario crearse un estilo especial, con un lenguaje propio, una sintaxis única que pueda acomodarse a la realidad del niño (p. 79) o, en el caso que nos compete, del adolescente. Pareciera que Reynoso se hubiera inspirado en esta definición del joven para crear a los personajes de *Los inocentes*, pues son precisamente esas características las más resaltantes y las que los llevan a realizar las acciones que dan a conocer los relatos.

La competencia del lector infantil y juvenil puede y debe ser desarrollada a partir de una comprensión de sus potencialidades, necesidades e intereses (esto, tomando en cuenta el lector modelo que se propone en Eco, 1993), pues la comunicación no se da sola y únicamente en una dimensión lingüística, sino también en una dimensión semiótica, en la que el lector relacionará una serie de signos que se complementarán (Eco, 1993). Si el lector competente es análogo al lector modelo, lector implícito, o lector ideal, no deberíamos verlo como algo estático en el caso del lector juvenil, pues está en constante formación, y su competencia se convierte en algo sumamente cambiante y que se enriquece en cada momento.

Si el lector infantil y adolescente se “preocupa más del juego que del significado” (Cervera, 1992, p. 44), podemos extender ese horizonte de expectativas y de experiencias que propone Jauss (1989) a las formas —la rima, el verso, el ritmo, el juego en general— y plantear que por ahí se generará la identificación del joven lector con el texto. La LIJ activa la competencia de comprensión lectora del usuario. Así, al momento de ser concebida, se dirige a un lector con ciertas características de literacidad, intereses, necesidades, etc.

3. Lenguaje y personajes en *Los inocentes*

Reynoso escribió *Los inocentes* en 1959. Era presidente Manuel Prado Ugarteche, cuyo gobierno sucedió al “Ochenio” de Odría. Durante la década previa, se había impulsado un fuerte gasto en obras públicas, lo cual se tradujo en la construcción de puentes, hoteles, edificios

de viviendas, grandes unidades escolares y universidades nacionales, así como edificios públicos. Sin embargo, el gobierno de Prado estuvo marcado por una fuerte crisis económica, cuya solución fue la implementación de políticas económicas de corte liberal, que produjeron el descontento de la población. Asimismo, estamos frente a una época de fuertes migraciones del campo a la ciudad, lo cual tuvo como consecuencia la creación de las barriadas populares y un crecimiento de la pobreza urbana. En este contexto social es que Reynoso escribe este breve pero significativo libro de relatos, cuyos protagonistas, como el lector a quien se dirige, son adolescentes. Por medio de las historias de la collera, el autor arequipeño realiza un retrato de los adolescentes de la época, ayudado no solo en sus vivencias, sino también en el lenguaje, aspecto fundamental y punto fuerte de la obra de Reynoso.

Teresa Colomer (2010) identifica, entre las funciones de la literatura infantil y juvenil, el desarrollo del lenguaje a través de los distintos recursos literarios. El joven lector aprende una gran cantidad de palabras mediante la lectura, pero también tendrá la oportunidad de profundizar en el lenguaje y aprender a interpretar la carga connotativa de las palabras. *Los inocentes* es un buen ejemplo para entender cómo se puede combinar forma y fondo para obtener un libro que puede ser leído muchas veces, y en el que se pueden encontrar múltiples significados. El autor combina el lenguaje poético con el lenguaje vulgar para retratar a sus protagonistas. De esa manera, encontramos que el lenguaje poético está más asociado a monólogos internos de los personajes, mientras que el lenguaje vulgar se utiliza en los diálogos. Todo ello, versus el lenguaje prosaico y culto del narrador.

Al momento de explicar los aspectos que dotan de literariedad a una obra, Culler (2004) se detiene en el uso del lenguaje: «La literatura es un lenguaje que trae “a primer plano” el propio lenguaje; lo rarifica, nos lo lanza a la cara diciendo “¡Mírame! ¡Soy lenguaje!”; para que no olvidemos que estamos ante un lenguaje conformado de forma extraña» (p. 40). De

plano, *Los inocentes* arranca de esa manera: sacándonos de la normalidad del lenguaje en prosa o de una narración lineal a la que el lector común está acostumbrado, para ofrecernos, en primera instancia, un lenguaje poético, en el que se difuminan los límites entre la realidad y la imaginación, entre los estímulos externos y sus respuestas físicas y mentales, emocionales: «“El semáforo es caramelo de menta: exquisita menta. Ahora, rojo: bola de billar suspendida en el aire”» (Reynoso, s.f., p. 9). «Finísimos alfileres hierven en los pies: hormigueo bullicioso» (p. 27). Mediante la metáfora, el lector rescata el mundo interior de los protagonistas: jóvenes abrumados por la adolescencia y su propia fragilidad. Nos lleva, con el lenguaje, al pensamiento etéreo, en donde se mezclan lo que se ve y lo que se siente: el semáforo no es tal, es una bola de billar; la arena caliente de la playa es una infinidad de alfileres que atacan. Los estímulos se vuelven sensoriales y sonoros. La fluctuación entre lenguaje poético y en prosa nos transporta, nos eleva y nos suspende en la atmósfera de quien todo lo siente y lo procesa, el adolescente con sus conflictos internos. Así, la exploración metafórica de lo sensorial puede ser un elemento clave dentro de una estética literaria juvenil. Mediante el lenguaje poético, el autor plantea una oportunidad para el receptor, pues le presenta una puerta para adentrarse ya no en los datos o acciones que presenta la obra, sino en el terreno de lo significativo (Cervera, 1992). De esta manera, según Vásquez (2002), se seduce y desafía al lector, y se le plantea una oportunidad de diálogo en la que el joven podrá interpretar lo escrito de diferentes modos. Parafraseando a Cervera, la autora dice: «la obra comunica, connota y oculta mensajes. Provoca al lector y hace crecer en él la intriga, lo lleva a la búsqueda de lo implícito, de lo que la obra no dice literalmente y que es necesario descubrir e interrogarse» (p. 11). En *Los inocentes*, la metáfora y, en general, el lenguaje poético, se utiliza sobre todo cuando se reproducen los pensamientos de los jóvenes protagonistas. De esa manera, conduce al lector desde una propuesta en la que él tiene el poder de interpretación.

«No hay lengua literaria de verdad si no

logra el equilibrio entre los dos extremos de lo culto y lo popular, que es siempre lo novedoso» dice Ramón Trujillo (como se citó en Portilla, 2016, p. 33), y es algo que sucede en el libro en cuestión. No solo Reynoso es capaz de plasmar una radiografía del habla adolescente de la época, sino que muchos de los términos que utilizó tanto en *Los inocentes* como en *En Octubre no hay milagros* (1965) han sido incorporados a diccionarios de peruanismos, al diccionario de la Real Academia Española y al *Diccionario de Americanismos* (Portilla, 2016). Entonces, se demuestra ese «manejo especial del lenguaje» que menciona Culler (2004, p. 41), esa capacidad que tiene para llamar la atención del lector, no necesariamente acostumbrado al uso de un lenguaje tan, aparentemente, *poco literario*, pues, a lo largo de la lectura, «estamos dispuestos a prestar atención a cómo se organizan los sonidos y otros elementos del lenguaje que generalmente nos pasan inadvertidos» (p. 41), o que, agregaría, generalmente rechazaríamos, como es el uso de jergas y expresiones vulgares: «¡Pucha si estaba *bobo!* (...) se necesitaba ser muy *gil* para encontrar así un For y no *choreárselo*. (...) me fui, despacito nomás, para que el *tombo* no se diera cuenta» (p. 30)¹. Es en el uso del lenguaje coloquial, vulgar y soez que Reynoso logra cerrar el retrato del adolescente protagonista de su libro: «De pronto, sin que nadie se diera cuenta este negro'emierda comenzó a tocar gemelas» (p. 24). Si bien este no es un rasgo único de Reynoso (Arguedas con *Yawar Fiesta* y Alegría con *Los perros hambrientos*, por mencionar a un par de obras peruanas, lo habían hecho ya), la reproducción fonética del habla popular colabora en esta construcción del lenguaje único del autor, el cual es una combinación de los diferentes niveles. Ya dijo Piglia que «hay que hacer en el lenguaje un lugar para que el otro pueda hablar» (como se citó en Carrión, 2017, párr. 5), cosa que sucede múltiples veces en *Los inocentes*.

Aquí, los diferentes niveles del lenguaje están integrados para crear los retratos de los protagonistas del libro y de la realidad en la que viven. La manera en la que Reynoso organiza

el lenguaje, «sonido y sentido (...) organización gramatical y la estructura temática» (Culler, 2004, p. 41) es fundamental para alcanzar lo que el libro nos ofrece: el retrato, la fotografía de la Lima de la época y de sus personajes. Las imágenes que se evocan mediante el lenguaje —que mezcla e integra poesía y prosa— y las distintas voces que intervienen bastan para que dichas imágenes se materialicen en las mentes de los lectores. Son «creaciones nuevas sobre los viejos pilares del significado de las palabras, cuya capacidad expresiva es infinita» (Trujillo como se citó en Portilla, 2016, p. 33). Así, el narrador se caracteriza por su lenguaje culto, salpicado de algunas jergas propias de la época; los diálogos de los personajes reproducen su forma particular de hablar, mezcla de habla culta, soez y coloquial, y los pensamientos de los protagonistas mezclan el lenguaje vulgar con el poético:

esta noche voy a México y no tendré miedo y el viejo si insiste un poco más casi me lleva da asco con viejo pero la camisa roja bonita Colorete es cochino con Yoni tal vez quince días que no me lo toco (...) Gilda en roca cara sol Yoni mar en cine fruna en mar roca roca en tumbo cara roca mar mar marmarmarmarm amar amar amaaaar. (p. 14).

Teresa Colomer (2010) también menciona, entre las funciones de la literatura infantil y juvenil, que esta permita al lector acceder al imaginario colectivo de la sociedad y hacer una representación del mundo que sirva como instrumento de socialización (p. 15). El mundo de *Los inocentes*, de los personajes, sus historias, sus dudas, sus luchas y sus deseos se materializa a través del uso del lenguaje, de los saltos de voz y temporales, por ejemplo, algunos de ellos claramente establecidos por marcas en el texto, como fechas (a modo de entrada de diario), o paréntesis:

Mientras el auxiliar López escribía cuidadoso, el Príncipe se mordía las uñas y seguía atento el vuelo de una mosca, que por fin salió por la ventana.

—¿Qué hiciste después del robo, ah?

¹ Las cursivas son mías.

(Rapidito me fui a casa de Alicia. Silbé. Salió. Y estaba bien rica: ojerosa y con olor a cama sucia que arrechaba (...)) No hay caso, estoy sufrido por ella. Templado hasta la remaceta) (pp. 31-32).

Tres voces en un breve fragmento del libro: la del narrador, en tercera persona; la voz del comisario cedida por el narrador en discurso directo, delimitada por la raya; y la del Príncipe, delimitada por los paréntesis en una especie de discurso indirecto libre, pero con la marca que guía al lector.

Las dos líneas de lenguaje presentes en *Los inocentes*, uno culto en el narrador y otro vulgar, pero literaturizado (Eslava, 2005), marcan la búsqueda de la estética en el lenguaje en el autor arequipeño. Luego de publicada la primera edición del libro, José María Arguedas escribió una reseña en el suplemento “El Dominical” del diario *El Comercio* elogiando al libro, la cual tituló “Un narrador para un nuevo mundo” (Placencia, 2022). En dicho texto, «El Tayta» resalta que Reynoso ha creado un estilo nuevo, que mezcla alta poesía y jerga vulgar, «reforzándose, iluminándose» (Arguedas, como se citó en Eslava, 2008). El lenguaje culto del narrador tiene un claro interés estético. En el otro, el de los personajes, Reynoso se inspira en el poeta Jean Genet, quien mezclaba el lenguaje vulgar con el poético para retratar a sus personajes, generalmente delinquentes o personas de ambientes marginales. Es de esta manera que se plantea una literatura «mitificadora, porque convierte al delincuente en héroe» («Jean Genet», 2023). Reynoso ofrece esa visión del lenguaje, rescatando poesía del lenguaje vulgar, llegando a la esencia misma del lenguaje. La musicalidad que la inclusión de la poesía aporta a la narración genera otro ritmo y otra forma de involucrarse con la historia. Como un signo cualquiera, transformado por la poesía, «es solo el detonante de muchos y distintos sentimientos» (Schon y Corona, 1996, p.82). En su carácter antididáctico y antimoralizante (p. 83), la poesía permite varias lecturas del texto, en las que cada lector «reinventa, transforma o amplía las palabras cada vez que lee» (p. 85). Se posibilita una narración con ritmos diferentes, lo

cual dinamiza la lectura y se acerca al receptor juvenil.

Sobre la construcción del lector adolescente a partir de *Los inocentes*, ello se delimita más en la construcción del adolescente varón. Para fines del análisis, se toma la construcción de la masculinidad como vehículo hacia la madurez ideal; así, vemos que esta se construye en función de los estereotipos o mandatos de género que rigen a los personajes; el machismo; la rebeldía y el estiramiento de los límites, y la oposición a lo femenino. Si bien, seguramente, podríamos realizar un análisis mucho más profundo, hemos decidido optar por estos cuatro subtemas para ejemplificar cómo se construye el retrato del adolescente en este libro.

La obra gira en torno a la collera, grupo de amigos de una quinta del Cercado de Lima. Cinco cuentos componen la unidad: «Cara de Ángel», «El Príncipe», «Carambola», «Colorete» y «El Rosquita», cada uno de los cuales desarrolla a los personajes que les dan título. Mediante perfiles, escenas con diálogos que los personajes protagonizan, y lo que otros dicen de ellos, se componen las personalidades de estos cinco amigos. Además, durante los relatos se menciona a otros personajes tanto masculinos como femeninos, todos los cuales participan de la construcción de la identidad de estos adolescentes, cuyas edades fluctúan entre los 15 y 17 años aproximadamente.

En *Los inocentes*, la masculinidad se construye a partir de sus estereotipos negativos: el carácter colérico, la homofobia, la rebeldía, el irrespeto a la autoridad. Reynoso se aleja del cliché y presenta estos temas desde una comprensión de cómo esos comportamientos esperados o estereotipados eran casi la norma entre algunos adolescentes. Cara de Ángel se encuentra frente a una vitrina que exhibe una camisa roja. A su lado, un hombre mayor no deja de mirarlo. Él, coqueto, pero marcando distancia, le sigue la conversación para al final rechazarlo. Durante ese fragmento podemos conocer un poco más del joven y de cómo se concibe como hombre, desde su masculinidad actual y desde la ideal: «El color rojo de la

camisa haría resaltar la palidez de mi rostro. Estoy ojeroso: mejor. Tengo el cabello crecido: mucho mejor» (p. 9), o «metió las manos en los bolsillos y quedó más hombre que nunca» (p. 11). Sin embargo, conocemos que a Cara de Ángel le preocupa no ser lo suficientemente hombre según los estándares de la sociedad en la que vive:

Siempre he sido un tonto. Siempre he querido ser hombre. Pero siempre he fracasado. Tengo miedo de ser cobarde. A los soldados —no sé dónde lo he leído—, antes de la batalla les dan pisco con pólvora para que sean valientes. En lugar de pólvora, que no puedo conseguir, como fósforos y sigo siendo cobarde, sin embargo. Si uno quiere tener amigos y gilas hay que ser valiente, pendejo. Hay que saber fumar, chupar, jugar, robar, faltar al colegio, sacar plata a maricones y acostarse con putas. He intentado de todo y siempre me quedo a la mitad, ¿será porque soy cobarde? (p. 11).

Este fragmento resume muy bien cómo se ve la masculinidad en el libro, como una situación extrema, en la que hay que ser malo y tener comportamientos también extremos. Así, si uno no es capaz de involucrarse en este tipo de acciones, se siente que fracasa como varón. En la segunda parte del relato, Cara de Ángel, quien acaba de enfrentarse a golpes con Colorete, es retado a una partida de dados: «Vas a jugar conmigo, conmigo, y quien pierde se la corre, aquí mismo» (p. 17). Ante las atentas miradas de sus compañeros, Cara de Ángel se masturba y, finalmente «queda solo echado en el pasto. Los árboles recortan en pedazos el cielo nublado, caluroso, sucio, sucio, sucio» (p. 18).

El Príncipe está en la comisaría por robo. El retrato del personaje lo vemos desde el fragmento del periódico y desde lo que se dice de él en la peluquería. En el diario, lo acusan de «rocanrolero» y, en la comisaría, el joven se muestra pícaro y evasivo, retador de la autoridad, al dar su declaración con el policía a cargo. Vemos, entonces, esa rebeldía propia de la adolescencia, sobre todo en los varones. Si los adultos por un lado critican al joven y,

por otro, se preocupan por él y por la situación de la adolescencia, los amigos celebran su delito y se envuelven en una conversación en donde se enorgullecen de las veces que también han salido en el periódico o han ido presos. Vemos, entonces, que el comportamiento delictivo es una forma de marcar su identidad masculina, un comportamiento casi ineludible que, al tener la oportunidad, no debe desperdiciarse:

Cuando ya regresaba a mi casa, al cruzar la Avenida Tacna, vi un For. ¡Pucha si estaba bobo!: lo habían dejado con la llave en el motor y con las ventanas abiertas. Se necesitaba ser muy gil para encontrar así un For y no choreárselo (p. 30).

Además, vemos también la poca responsabilidad que tiene el adolescente al justificar sus comportamientos, como al final del relato, cuando El Príncipe acepta «sí, soy un cojudo» (p. 33), pero por culpa de otros. Por culpa de Alicia, quien lo rechazó; por culpa de Dora, quien lo acusó, y por culpa de Manos Voladoras, quien lo apodó: «Siempre con la misma vaina, eres un Príncipe, eres un Príncipe. ¿Y cómo, en la Ciudad de los Reyes, un Príncipe sin auto y sin plata?» (p. 33).

Los cuentos de Carambola y Colorete ambos tratan sobre el amor romántico, pero también sobre el desempeño sexual. Carambola le pide consejo al Choro Plantado sobre cómo comportarse y qué precauciones tomar cuando tenga relaciones sexuales con Alicia, quien es virgen. Los adolescentes de *Los inocentes* han tenido experiencias sexuales con prostitutas, pero el temor de «desvirgar» a una joven y que algo pueda salir mal es real. Por otro lado, Colorete va a la fiesta de Juanita con un regalo y decidido a declararse, pero esta lo rechaza antes de que pueda decirle nada. Vemos aquí la preocupación del varón adolescente por terminar de definir su masculinidad mediante el sexo y las relaciones afectivas con mujeres. Surge la pregunta de si consiguieran estar con las chicas a las que pretenden, cómo retrataría Reynoso esas relaciones. Quizás, concibió a sus personajes para que estuvieran destinados al fracaso.

Finalmente, el último cuento, “El Rosquita”, es el más atípico, sobre todo por cuestiones discursivas. Pero también presenta a un personaje que termina encarnando la inocencia, y las contradicciones que ella trae en una etapa como la adolescencia. El narrador realiza un perfil del personaje: «es cliente empedernido de billares, de cantinas, de lugares prohibidos (...), de comisarías. (...) tiene que poner cara de “maldito”, (...) torcer los ojos, fumar como vicioso, hablar groserías (...). Pero todo para nada. Hay algo que lo denuncia como menor de edad» (p. 45). Finalmente, el narrador se dirige a él, y resalta su inocencia, sus ocurrencias, su «palomillada», pero también su tristeza y su constante búsqueda de su lugar en el mundo. Encontramos, una vez más, esa dicotomía a la que se enfrentan los adolescentes en la búsqueda de la adultez, la cual viene cargada de mandatos de género, pero también mandatos sociales: las reglas de la calle te obligan a ser «malo», a cometer delitos, a diferenciarte de la autoridad para romper con el orden establecido.

El machismo como construcción de la identidad masculina es un tema presente en todos los cuentos, tanto como lo está en la Lima que retrata Reynoso. El adolescente, tanto el protagonista del libro como el lector, se enfrenta a una sociedad en donde se espera que la mujer cumpla con ciertos roles, y al hombre se le adjudican ciertas actitudes y comportamientos. Recordemos que estamos en el Perú de 1959: la mujer había obtenido el derecho a voto recién en 1955, derecho que ejerció por primera vez en las elecciones de 1956. Asimismo, los amigos de la collera pertenecen, si no a una clase baja, a una clase media-baja, y tienen que enfrentarse al contexto, así como a sus propias inseguridades. Estamos hablando de un contexto de barrio marginal o semimarginal, con falta de oportunidades laborales, educación de baja calidad, se enfrentan a los peligros de la calle, vienen de hogares monoparentales, etc. Así, el machismo es parte de su día a día y hasta de la construcción de su identidad. Entonces, Reynoso retrata esta situación en su libro, mas no de manera romántica o como el ideal del varón. Dice el autor en entrevista con Jorge Eslava (2005):

Lo que sucede es que en el Perú hay una percepción machista de la realidad. A los hombres se les permite todo porque son muy machos. Dentro de ese código, pueden masturbarse, tener tratos con prostitutas, engañar a sus enamoradas, novias, esposas con otra mujer y hasta con otro hombre. Y no pasa nada: siguen siendo machos. En cambio la mujer funciona con otro código. (p. 58).

Y, de hecho, eso es lo que observamos en sus relatos: jóvenes que buscan sexo en prostíbulos, feminicidas que se justifican porque «lo más triste que le puede pasar a un hombre es que lo hagan cojudo. Por eso la maté» (p. 38), chicos que se masturban como competencia o castigo, adolescentes que roban para probar que son machos.

En *Los inocentes*, la masculinidad se construye, también, mediante la rebeldía y el estiramiento de los límites. Encontramos jóvenes que a su corta edad se enorgullecen de haber cometido distintos crímenes y de aparecer en los diarios por dichos comportamientos. Chicos que «debutan» con prostitutas y son asiduos a los prostíbulos. Que son clientes frecuentes de bares, que conviven con amantes mayores —hombres o mujeres—, que exploran la homosexualidad como una forma de imponer más su hombría. Así, los límites de lo adecuado, de lo consensuado como correcto, se van estirando, y plantean una moral propia que obedece a sus propias necesidades de ser hombres. El joven se afirma en su identidad en su rebeldía frente al adulto. El adulto es el que persigue, el que norma, castiga, encierra. El joven, en cambio, busca la libertad, y busca diferenciarse del adulto; lo hace mediante la irresponsabilidad y la violencia, mediante el estiramiento de los límites.

Se plantea el tema, entonces, mediante el desarrollo de personajes sumamente conflictuados y solitarios, inconformes con su vida. La collera les da ese sentido de pertenencia que necesitan para formar su identidad y es mediante las distintas experiencias que los llevan al límite que se van perfilando como futuros hombres, en oposición a inocentes niños.

A partir de estas experiencias, para bien o para mal, los protagonistas aprenden a ser y el lector juvenil, a partir de su horizonte de experiencias (regresando a Jauss) definirá por dónde lleva su experiencia lectora.

Además, los jóvenes protagonistas de *Los inocentes* construyen su identidad masculina como oposición a lo femenino. La imagen de la mujer se presenta como la de una que es causante de las desgracias de los protagonistas, como apunta Eslava (2005): «Todos sueñan y desean una muchacha, una relación amorosa estable pero esa posibilidad fracasa y siempre por mediación de una mujer» (p. 58); las mujeres o lo femenino en *Los inocentes*, las novias, la madre de Cara de Ángel, el peluquero Manos Voladoras son todas vistas como un enemigo al que hay que combatir y derrotar, o como un hito que hay que alcanzar, o como el origen de los fracasos de los protagonistas (recordemos que el Choro Plantado va a la cárcel porque su mujer lo engañó con otro hombre). La masculinidad se forja por oposición: a Cara de Ángel lo rebela que lo llamen María Félix o María Bonita: «No tengo cara de muchachita» (p. 9). Lo crece que tanto mujeres como hombres se interesen en él (sentimiento quizás contradictorio): la masculinidad como aquello que atrae y que da valor. Asimismo, el ser hombres los lleva a alejarse de la imagen femenina de la madre; sin embargo, debido a la lucha que enfrentan dentro de ellos, esto supone un problema, como cuando Cara de Ángel se está peleando con Colorete y «quiere correr, abrazar a su mamá y pedirle perdón por todos los colerones» (p. 15).

Ya dijo Izquierdo Ríos que «la literatura infantil con moralejas al pie de las composiciones debe pasar a la historia» (1969, p. 8), pero también que «debe ser como un hermoso sendero, mágico, por donde el niño camine hacia el valle luminoso de la realidad, hacia el conocimiento del verdadero sentido de las cosas» (p. 9). Así, nos encontramos frente a un texto que no busca ser aleccionador ni moralizante, pero que sí conduce al joven lector a una comprensión de la realidad y de esa manera cumple el propósito que plantea el crítico peruano, de ser una literatura tanto recreativa

como educativa, que acerque al lector no solo al contexto social, sino a la problemática que este supone en otros adolescentes como él. En *Los inocentes*, Reynoso nos presenta «personajes altamente problematizados y castigados por un sistema indiferente» (Eslava, 2008, p. 80). Estos conflictos se traducen en sus relaciones, en las relaciones con sus pares, con la autoridad, con los desconocidos, con las mujeres y con sus propios cuerpos y su propia masculinidad.

Es a partir de los conflictos de la sociedad de la época que se construye al personaje adolescente en la obra que atañe a este ensayo, y dentro de esta problematización, se realiza el retrato del adolescente varón. Como hemos visto ya, esta representación se realiza a partir —no únicamente— de los mandatos de género propios de la época; de la construcción de la masculinidad; del machismo, y de la oposición a la autoridad y a la mujer (o lo femenino). Reynoso ridiculiza a los adultos, ya sean representados por los medios, la autoridad o los transeúntes (como el hombre que mira a Cara de Ángel frente a la vitrina y al que este rechaza). Se plantea pues, en un sentido amplio, la oposición entre sus protagonistas, jóvenes, llenos de curiosidad y de inconformidad, y los adultos.

A través de la reproducción del lenguaje soez propio de los adolescentes, Reynoso logra retratar a sus personajes dándoles toques mundanos, pero, al compartir mediante el discurso libre sus pensamientos, también los retrata como seres espirituales. Una vez más, las dicotomías de la adolescencia se materializan mediante el lenguaje en sus dimensiones figurativa y literal.

4. Los inocentes: aportes a la LIJ

Ahora bien, *Los inocentes* es una obra que se introdujo, y aún pertenece al circuito de la LIJ. No bastará para justificar su inclusión con señalar, como lo hace Rodríguez (2013), que los lectores de la obra son, en su mayoría, los jóvenes, ni, como lo ha dicho el mismo Reynoso en entrevista con Eslava (2005, p.56), que «ahora los cuentos de *Los inocentes* aparecen

en textos para secundaria y se leen y comentan desde primero de media». Tampoco bastará el hecho de que el título está incluido desde el 2017 en los Módulos de Biblioteca del Ministerio de Educación. Hay más profundidad en ello; con todo lo mencionado, podemos continuar analizando *Los inocentes* como una obra LIJ, por su carácter literario y estético, además de por plantear temas comunes con los intereses de los adolescentes.

Por otro lado, podríamos afirmar que *Los inocentes* es un relato de aprendizaje², pues trata de jóvenes que se están enfrentando a su propio crecimiento y sus respectivos cambios y, si bien el autor no enfrenta el tema de una manera moralizante o extremadamente pedagógica, sí somos testigos del tránsito de la collera de la niñez a la vida adulta. Este tránsito es accidentado, es confuso; durante él se cortan etapas y se escapa como de un secuestro de la niñez. Cabe estudiar el libro de cuentos desde esta perspectiva.

«Un texto quiere que alguien lo ayude a funcionar», dice Umberto Eco (1993, p. 76). En tanto *Los inocentes* sigue reditiéndose, sigue leyéndose dentro y fuera de las aulas, seguirá funcionando. El lector le dará sentido, el cual se forma en función de sus propias experiencias y conocimientos —del código, de los temas, del vocabulario, etc.—, convirtiéndolo, así, en parte fundamental de la obra. Serán los otros inocentes, los que están fuera del libro, quienes reciban la obra y sigan otorgándole el valor que tiene a sus más de 60 años de publicación. Entonces, como plantea Jauss (1989), cada lectura implica una actualización de la obra, pues la historicidad de la literatura se basa en la experiencia de las lecturas previas. Cabe la pregunta de si si el lector modelo propuesto en 1961 sería el mismo que en la actualidad. Desde esta propuesta, podemos decir que una obra es muchas obras, y un lector es muchos lectores.

² La novela de aprendizaje o *Bildungsroman* es un género literario que se enfoca en el crecimiento de los protagonistas, quienes sufren cambios tanto psicológicos como morales, debido a la etapa de desarrollo en la que se encuentran. Ejemplos de novelas de aprendizaje son *Mujercitas* (Louisa May Alcott, 1869), *Demian* (Herman Hesse, 1919) y *El guardián entre el centeno* (J. D. Salinger, 1951).

El texto literario es un texto dinámico, que funcionará de diferentes maneras dependiendo desde dónde se lea e, incluso, desde cuándo se lea. Un texto es muchos textos no solo porque será tantos textos como lectores tenga, sino que, al ser un lector muchos lectores, se convierta al texto en casi infinitos textos. Así, la relación autor-lector es dinámica y llena de posibilidades, y esto no es ajeno a *Los inocentes*.

5. Conclusiones

En su búsqueda por representar la realidad, los autores de la Generación del 50, tales como Oswaldo Reynoso, también persiguieron la modernización de sus medios expresivos (Rodríguez, 2012). Es así como el autor de *Los inocentes* llega a la narrativa «después de pasar por la poesía» (Rodríguez, 2012, p. 36) y, de esa manera, el lenguaje poético cobra una fuerza fundamental en el libro en cuestión, que, como hemos visto, termina poniendo en primer plano el lenguaje, como dice Culler, y acerca al lector a las vicisitudes de sus jóvenes protagonistas. «La intensidad, que es producto del lenguaje, prima sobre la tensión», dice Jessica Rodríguez (2012, p. 38), lo cual tiene como efecto que los protagonistas del libro se vuelvan atemporales. Quizás sea ahí que resida el valor de la obra: estamos en la Lima de los años 50, pero también estamos en otras Limas, en donde los conflictos internos de los adolescentes siguen siendo muy parecidos.

Y estos conflictos se dan a conocer mediante la proyección del mundo interior de los adolescentes. Esto se apoya en la riqueza estilística de los cuentos que, mediante el lenguaje poético, recrean ese mundo interior: sus deseos, sus miedos, sus necesidades, sus conflictos internos. En su necesidad de desprenderse de la inocencia que caracteriza al niño, y de convertirse en hombres, los jóvenes protagonistas de *Los inocentes* se enfrentan a los mandatos de género de la época y buscan actuar como ellos creen que debe actuar un hombre. Asimismo, se ven enfrentados al otro: a la mujer, a la autoridad, al adulto. Es de esa manera que se presentan en el libro en cuestión: jóvenes

altamente sensibles y conflictuados, pero todo lo cual sucede en su interior y no dejan que eso se note desde fuera.

Los inocentes es un libro que presenta un crisol de temas para abordar y analizar. El presente artículo ha buscado hacer énfasis en la manera en la que se presenta el lector, representado por los personajes del libro: adolescentes, en búsqueda de su identidad, que provienen de clases populares, en conflicto con la imagen de la autoridad y del «otro». Son jóvenes que encuentran ese sentido de pertenencia al interior de la «collera», que es en donde aprenden, a su modo, a *ser* y a *hacer*: Aprenden su quehacer de hombres en esa Lima que parece darles la espalda, que se presenta como un monstruo caluroso, sofocante, bullicioso, que les arrebató, sin darles oportunidad de luchar, la inocencia.

Conflicto de intereses

El autor no incurre en conflictos de intereses.

Rol de los autores

CAB: Conceptualización, Investigación, Escritura-Preparación del borrador original, Redacción-revisión y edición.

Fuentes de financiamiento

Esta investigación no recibió ninguna subvención específica de ninguna agencia de financiación, sector gubernamental ni comercial o sin fines de lucro.

Aspectos éticos / legales:

El autor declara no haber incurrido en aspectos antiéticos ni haber omitido normas legales.

ORCID y correo electrónico

Aréstegui, C.

arestegui@pucp.edu.pe

<https://orcid.org/0009-0000-4162-2269>

Referencias

- Arizpe, E. (2019). La recepción de la LIJ en sus lectores. *LIJ Ibero. Revista de Literatura Infantil y Juvenil Contemporánea*, 8, 41-59. <https://doi.org/10.48102/lijibero.8.202>.
- Carrión, J. (1 de octubre de 2017). La segunda obra maestra de Ricardo Piglia. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2017/10/01/espanol/america-latina/la-segunda-obra-maestra-de-ricardo-piglia.html>
- Colomer, T. (2010). *Introducción a la literatura infantil y juvenil actual*. (2da. Edic.). Editorial Síntesis.
- Cervera, J. (1992). *Teoría de la literatura infantil*. Mensajero.
- Culler, J. (2004). Breve introducción a la teoría literaria. (2da. Edic.). Crítica.
- Doležel, L. (1988). *Mimesis y mundos posibles*. Universidad de Toronto.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto literario*. Editorial Lumen.
- Eslava, J. (2005). Unas cebadas con Oswaldo Reynoso. Viejo león en su guarida. *Un vicio absurdo* 1(1) pp. 55-60.
- Eslava, J. (2008). *Adolescentes en la ciudad. Una visión de la narrativa peruana del siglo XX*. Fondo editorial UCSS.
- Eslava, J. (2017). *Paisaje de la mañana. Esbozo para un curso de literatura infantil peruana*. Universidad de Lima.
- Hernández, L. (2011). Adolescencia: ¿Adolecer es padecer? *Salus* 15(2). http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-71382011000200003&lng=es&tln=es.
- Izquierdo Ríos, F. (1969). *La literatura infantil en el Perú*. Casa de la Cultura del Perú.

- Jauss, H.R. (1989). "El lector como instancia de una nueva historia de la literatura" en Rainer Warning (ed.) *Estética de la recepción*. Visor. 12(2). <https://www.redalyc.org/pdf/166/16612209.pdf>
- Jean Genet (29 de mayo de 2023). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Jean_Genet&oldid=151504014.
- Petrini, E. (1981). *Estudio crítico de la literatura juvenil*. Biblioteca de Educación y Ciencias Sociales RIALP.
- Placencia, S. (2022). *Cuando Arguedas elogió "Los inocentes" de Oswaldo Reynoso*. El Perfil. Recuperado de <https://elperfil.pe/cultura/cuando-arguedas-elogio-los-inocentes-de-oswaldo-reynoso/>.
- Portilla, L. (2016). Los Inocentes y en Octubre no hay Milagros: La Visión Idiomática de Oswaldo Reynoso. *Acta Herediana*, 58, 33-46. <https://doi.org/10.20453/ah.v58i0.2907>
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la Lengua Española* (23.ª ed.).
- Reynoso, O. (s.f.). *Los inocentes*. Editorial San Marcos.
- Rodríguez, J. (2012). La Lima alucinada de Oswaldo Reynoso en *Los inocentes*. *Ínsula Barataria* 10(13) pp. 35-44.
- Rodríguez, J. (2013). Pilares de literatura infantil y juvenil en Perú. En Robledo, B. (coord.). *Hitos de la literatura infantil y juvenil iberoamericana*. Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango. Fundación SM.
- Schon, I. y Corona, S. (1996). *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. International Reading Association.
- Soriano, M. (2001). *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Ediciones Colihue.
- Vásquez, M. (2002). Fundamentos teóricos para una interpretación crítica de la literatura infantil. *Revista Comunicación*